

EPISTOLARIO ÍNTIMO: «CONFESIÓN» DE PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN AL OBISPO DE GUADIX Y BAZA, Y CONTESTACIÓN DEL PRELADO.

INTIMATE CORRESPONDENCE: «CONFESSION» OF PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN TO BISHOP OF GUADIX AND BAZA, AND THE PRELATE'S REPLY.

Juan Antonio YEVES ANDRÉS*

Fecha de recepción del trabajo: septiembre de 2013.

Fecha de aceptación por la revista: octubre de 2013.

RESUMEN

El hallazgo de una carta de Pedro Antonio de Alarcón dirigida en 1860 al entonces obispo de Guadix, Antonio Rafael de Domínguez y Valdecañas, revela el verdadero motivo –o uno de ellos– que empujaron al escritor accitano a participar en la Guerra de África. Un deseo vivo de reconciliación con la justicia divina, con el mundo y con su conciencia justificaría esta confesión; al tiempo que revela la atención que mereció el conflicto bélico para el prelado lucentino¹.

Palabras clave: Guerra de África; Epistolario.

Identificadores: Alarcón, Pedro Antonio; Domínguez y Valdecañas, Antonio Rafael de.

Topónimos: Guadix (Granada); Tetuán; España; Marruecos.

Periodo: Siglo 19.

SUMMARY

The discovery of a letter sent by Pedro Antonio de Alarcón to the then bishop of Guadix in 1860 reveals the true reason –or at least one of them– for the Guadix writer to get mixed up in the Africa war. A burning desire for reconciliation with divine justice, with the world and with his conscience would justify this confession. Also the attention that the conflict earned from the Lucena-born bishop.

Keywords: Africa War; Correspondence.

Subjects: Alarcón, Pedro Antonio de; Domínguez y Valdecañas, Antonio Rafael de.

Place names: Guadix (Granada); Tetouan; Spain; Morocco.

Period: 19th century.

* *Director de la biblioteca de la Fundación Lázaro Galdiano (Madrid). Correo electrónico: juanantonio.yeves@flg.es*

1. INTRODUCCIÓN.

La carta que Pedro Antonio de Alarcón envió desde Tetuán en febrero de 1860 al obispo de Guadix, Antonio Rafael de Domínguez y Valdecañas, constituye uno de los textos más íntimos que se conservan del autor granadino. Su pretensión de confesarse en esas líneas por las “violentas y descuidadas pasiones” de su juventud y exponer cómo éstas le habían determinado a embarcarse con las tropas españolas enviadas al norte de África en 1859, en “una especie de peregrinación que hacer o de martirio que sufrir por la causa de Dios”, ilustran uno los tormentosos y contradictorios periodos en la vida del autor de *El sombrero de tres picos*. Lejos del estilo llano y franco que empleó en otras epístolas, Alarcón muestra en esta carta una especial atención y cuidado en cada frase en las que el rigor del penitente al describir sus pecados queda recubierto con una compleja prosa con tintes místicos. Es posible que el temor a que esta “confesión” fuera divulgada determinase también la profusión de referencias indulgentes a su conducta pasada, mezcladas con la rectitud que presidió su autoimpuesta penitencia. Este temor, sin embargo, no era ni ingenuo ni complaciente. Pocos meses después, su amigo y también escritor Juan Valera le advertía de este riesgo al escribirle:

“Usted y yo, querido amigo, debemos cuidar nuestra correspondencia, pues no sé lo que me lo hace prever, pero en ocasiones pienso que nuestras cartas algún día serán más leídas que nuestras obras.”²

De hecho, el propio Domínguez y Valdecañas tuvo la tentación de dar a conocer el escrito de Alarcón en el *Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Guadix*, por ser un escrito meditado, emotivo y ejemplar, aunque finalmente respetó el sigilo sacramental. Tampoco Alarcón, que conservó el borrador de la carta y la versión original de la que recibió más tarde, las dio a conocer en vida³. Si las palabras de Alarcón hicieron que el prelado llegase a “derramar copiosas lágrimas, al ver los tiernos y católicos sentimientos de su corazón”, la contestación que recibió el escritor granadino debió resultarle verdaderamente conmovedora y la conservó como reliquia oculta hasta el fin de sus días. Recuperarlas hoy supone, por una parte, ahondar en la personalidad y la obra del casi olvidado escritor granadino, y dar noticia de su confesor-corresponsal, el obispo Domínguez y Valdecañas, del que hasta el momento solo algunos investigadores se han ocupado; y por otra, añadir una nueva perspectiva al estudio de la figura de Pedro Antonio de Alarcón, contemplar otros aspectos de su biografía que fijaron en él una impronta indeleble y, en especial, descubrir algo más de aquella obra que le dio tanta fama, su *Diario de un testigo de la guerra de África*.

2. SEMBLANZA DE LOS DOS CORRESPONSALES: ALARCÓN Y EL OBISPO DE GUADIX.

Pedro Antonio de Alarcón nació en Guadix (Granada) el 10 de marzo de 1833 y fue bautizado tres días más tarde por Francisco de las Casas, cura párroco del Sagrario. Era el cuarto hijo de los diez que tuvieron Pedro de Alarcón y Joaquina



Fig. 1. Carlos Navarro y Rodrigo, José Joaquín Villanueva y Pedro Antonio de Alarcón (10 de octubre de 1859).
Fundación Lázaro Galdiano, Madrid.

Ariza. Comenzó sus estudios de Gramática Latina con Tomás de Ávila el 15 de abril de 1842 y, después de aprobarlos en 1844, inició los de Filosofía con fray José Pablo Jiménez. En 1847 obtuvo el grado de Filosofía en Granada y el título de bachiller y aquel mismo año, el 5 de octubre emprendió el primer curso de Leyes en la Universidad de Granada. Sin embargo, dejó esta carrera por la de Teología, iniciándola el 8 de enero siguiente con Isidro Cepero en el Seminario de Guadix. Poco tiempo después, Alarcón “ahorcó los hábitos”⁴ en el que se mostró como el primero de los varios giros copernicanos que aplicó a su vida.

En enero de 1853 abandonó tanto el hogar paterno como sus estudios, trasladándose a Cádiz para dirigir *El Eco de Occidente*, publicación a la que había enviado con anterioridad diversos cuentos que habían llamado la atención de su fundador, Torcuato Tárrego y Mateos. Como el propio Alarcón reconoció años más tarde, este viaje fue en realidad un “rodeo” para trasladarse inmediatamente a Madrid:

“Era mi verdadera salida de D. Quijote; era, en fin, consecuencia de haber abandonado pocos días antes mi hogar, contra los consejos de mis benditos padres, a los diez y nueve años y algunos meses de edad, llevando en el baúl una reputación manuscrita (según dijo cierta pupilera madrileña, con relación a otro personaje por mi estilo) y poseedor de tan poco dinero o cosa semejante, que, habiéndome tocado la quinta algunas semanas después, tuve que volverme más que a prisa de Madrid a Guadix, en busca del perdón y del bolsillo del autor de mis días, antes de que el Gobierno de S. M. me declarara prófugo.”⁵

Sería, en todo caso, un rodeo crucial en la vida de Alarcón. Continuó al frente de *El Eco de Occidente* cuando la revista comenzó a publicarse en Granada a inicios de 1854. Allí participó activamente en las actividades que organizaba la sociedad literaria «La Cuerda Granadina» y sería en esta ciudad donde, como Alarcón explicó en una sucinta semblanza autobiográfica, “le halló la revolución de 1854, a cuya cabeza se puso el poeta de 21 años, siendo durante tres días jefe de las turbas desenfundadas”⁶. Poco después se trasladó a Madrid, “donde se puso también del lado de los que querían llevar la revolución a sus últimas consecuencias”, haciéndose cargo de *El Látigo*, periódico satírico-democrático, panfletario, antidinástico y anticlerical. Sus furibundos ataques a la Monarquía y a la dinastía le llevaron a enfrentarse en duelo el 13 de febrero de 1855 con Heriberto García de Quevedo, el escritor venezolano que defendía a Isabel II desde *El León Español*. En el lance, en el que intervinieron como jueces Enrique Ramírez Saavedra y Cueto, marqués de Auñón, y Luis González Bravo, Alarcón disparó primero pero erró el tiro y su rival, más experto en estas suertes, disparó al aire. La “noble genialidad” de su contrario, con el que quedó en deuda, daría lugar a un profundo cambio en su trayectoria personal e ideológica:

“A los pocos días era objeto de todas las conversaciones de la Corte un ruidosísimo lance personal con que cerró Alarcón su vida de revolucionario, a los siete meses de haberla emprendido, retirándose completamente de la política, de la que permaneció apartado seis años, dando indicios en sus obras literarias de haber perdido toda fe en el credo y en el personal del partido decocrático [sic].”⁷

En efecto, al día siguiente Alarcón publicaría una carta en la prensa madrileña anunciando su separación de *El Látigo*⁸ y se retiró en exilio voluntario durante un mes en Segovia, donde llevaría, siquiera temporalmente, una “vida cenobítica”. Aquel “lance personal”, y su posterior reclusión, dieron lugar a un cambio de rumbo en su trayectoria personal que también sería trascendente para su producción literaria. Pasó del radicalismo a la moderación y del anticlericalismo a la conversión que le llevaría a escribir cartas y textos que respiraban “espiritualismo, religión, culto a Jesús crucificado y a su moral divina”⁹.

Estos cambios coincidieron con el inicio de una etapa de fecundidad literaria. Junto a prolijos artículos periodísticos, concluyó *El final de Norma*, novela que había iniciado años antes cuando todavía residía en Guadix, y estrenó en el Teatro Circo de Madrid el drama *El hijo pródigo*¹⁰. Por último, en noviembre de 1859 inició su aventura en la guerra que España declaró al sultanato de Marruecos, desde donde remitiría sus crónicas, publicadas después como *Diario de un testigo de la guerra de África*, que “fue redactado en el campamento, bajo la tienda, en el teatro mismo de cada combate, y en ocasiones durante la misma lucha, o sea en presencia del enemigo, como pueden acreditarlo miles de jefes y oficiales que un día y otro me vieron escribir hojas y hojas de mi libro de memorias, ya sobre la trinchera, ya en las guerrillas, ya en los arzones de nuestra artillería metida en fuego, ya sobre el arzón de la silla de mi caballo, ya en los hospitales de sangre, todo lo cual compaginaba yo a la noche, o al día siguiente, si nos tocaba descansar, y lo remitía a Madrid, en donde se daba a la estampa”¹¹.

Es precisamente “en el campamento, bajo la tienda, en el teatro mismo de cada combate, y en ocasiones durante la misma lucha”, donde Pedro Antonio de Alarcón decide escribir al obispo de la diócesis de Guadix la “confesión” que nos ocupa¹².

El corresponsal y confesor de Alarcón en este caso era Antonio Rafael de Domínguez y Valdecañas. Nació en Lucena (Córdoba) el 23 de octubre de 1799 y estudió Gramática y Filosofía en el convento de los Mínimos de aquella ciudad y en el colegio de la Purísima Concepción de Cabra y, más tarde, Teología en la Universidad de Granada donde se graduó como bachiller en 1833. Finalmente, obtuvo el título de licenciado en Teología en el Seminario Central de San Cecilio de Granada, el 8 de marzo de 1853. Ocupó distintos cargos que reflejan su itinerario biográfico: canónigo de la colegiata de San Hipólito de Córdoba, predicador supernumerario de S.M. a propuesta del Patriarca de las Indias, maestrescuela de la catedral de Coria, canónigo de la abadía del Salvador de Granada y de las catedrales de Córdoba y Guadix, y maestrescuela de ésta; canónigo de la metropolitana de Sevilla y prelado doméstico de Su Santidad, título que hoy se denomina prelado de honor de Su Santidad. En septiembre de 1857 Pío IX le propuso para regir el obispado de Guadix y Baza y su consagración episcopal tuvo lugar en la capilla del Palacio Real de Madrid. Después de tomar posesión de la diócesis y de escribir su primera *Carta Pastoral* de salutación, hizo su entrada solemne en marzo de 1858 en Guadix, sede en la que permanecería hasta su muerte en 1865. Al frente de la diócesis destacó por su especial empeño en la organización del Obispado, consiguiendo mejoras económicas y administrativas en las parroquias de la diócesis, aumentando la dotación de becas a seminaristas y siguiendo fielmente las directrices de Pío IX en cuanto a la acción pastoral¹³.

Probablemente, Domínguez y Valdecañas conocía a Alarcón desde la etapa en la que era canónigo y maestrescuela de la catedral de Guadix. Es también posible que mantuvieran algún contacto en la época más revolucionaria y anticlerical de Alarcón. Sin embargo, el origen de esta correspondencia y el acercamiento entre ambos pudo surgir en un encuentro más próximo en el tiempo, cuando Alarcón estuvo en el verano de 1859 en su ciudad natal, durante un viaje que le permitió asistir a las fiestas del Corpus en Granada y que describiría en su novela

corta *Una conversación en la Alhambra*, publicada en ese mismo año¹⁴. Solo había transcurrido algo más de un año desde que el Obispo había hecho su entrada como prelado de la diócesis.

Alarcón regresó a Madrid y en octubre se declaró formalmente la guerra al Sultanato de Marruecos. Pocos días antes Juan Valera le había escrito “no sé qué movimiento instintivo del corazón me dice que si esta guerra llega a empezar ha de ser dichosa y ha de levantar de nuevo a la nación española”¹⁵, pero para Alarcón esta guerra se convertiría en una cruzada muy personal. Así debió verlo el propio obispo de Guadix que dedicó a Alarcón desde la cátedra del Espíritu Santo, en la catedral de Guadix, unas palabras “clementes”, “generosas y dulcísimas” de las que tuvo noticia Alarcón y que motivaron la carta inmediata¹⁶.

BORRADOR DE LA CARTA DE D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN AL OBISPO DE GUADIX¹⁷

Exmo. Ilmo. Sr. Obispo de Guadix

Tetuán 20 de febrero 1860

Muy Sr mío y de todo mi respeto y consideración. Hace tiempo he debido gracias hermano importunarle agitación. Veo Catedral, San Torcuato, mi pobre y triste vida, cedo á la gratitud.

Hablo con el corazón: si yo hubiera venido a la guerra en busca de recompensas y de premios, ninguno me hubiera propuesto alcanzar tan lisonjero¹⁸ y elevado al par que grato como merecer un semejante recuerdo cariñoso de mi santo pastor, yo, la oveja más descarriada de su rebaño, yo que tan pocos títulos tengo á merced tan señalada. Calcule, pues, V.E. la satisfacción y el júbilo que me habían causado sus generosas y dulcísimas palabras. Más no me trajo á la guerra interés alguno de vanidad o de ambición, sino un interés más alto que a nadie he revelado ni revelaré, pero que no debo ocultar á V.E. como a obispo y como a confesor.

Mis errores, Sr. Exmo., se cuentan por los años de mi vida. Dotado (Dios los sabe) de buena intención, pero de violentas y descuidadas pasiones; sin ser tan malo como algunos me han creído pero dando lugar con mi desatinada conducta á que se me juzgara con irritante rigor, mi juventud ha sido ineficaz para el bien, reportándome para la edad de la razón a que ya toco un oculto y roedor remordimiento. Hace más de un año que deseaba transigir conmigo mismo y con la sociedad, mas para ello necesitaba hacer antes una dura penitencia que quebrantara el orgullo satánico que me impedía pedir gracia y me atrajera al mismo tiempo la misericordia de Dios y de los hombres. Buscando estaba el modo, cuando estalló la guerra de África. En ella vi yo una especie de peregrinación que hacer o de martirio que sufrir por la causa de Dios, y acepté sus trabajos y peligros, dejé mis comodidades y placeres, vestí el cilicio¹⁹ del soldado, me impuse sus penalidades como purgatorio y traté de combatir el error con la misma vehemencia que lo había patrocinado antes, creyendo que así quedaría en paz con la justicia divina, con el mundo y con mi conciencia.

Las clementes palabras que una autoridad tan respetable como V.E. me dedicó hace pocos días desde la cátedra del Espíritu Santo fueron inspiradas por el mismo cielo, pues han venido a colmar la sed de mi espíritu y á demostrarme que mis padecimientos en África han acelerado como yo me proponía el olvido de mis culpas. Por eso me han conmovido tanto; por eso las he recibido con lágrimas en los ojos; por eso acudo a los pies de V.E. *como á confesor* y padre. Pidiéndole su bendición. Ah! la iglesia, como Santa Madre, rogaba a Dios por mí, mientras que yo vivía alejado de su cariñoso regazo. De mucha felicidad soy deudor á V.E. Quiera Dios concederme ocasión de recompensarle el inefable bien que me ha hecho; entre tanto, cuente V.E. con la inútil pero buena voluntad de su reconocido y respetuoso servidor que B. su santo anillo.

CARTA DEL OBISPO DE GUADIX Y BAZA A D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN²⁰

[Guadix] 7 de Marzo de 1860

Sr. Don Pedro Antonio de Alarcón.

Muy Señor mío, de toda mi consideración y aprecio: su carta de 20 de Febrero último me hizo derramar copiosas lágrimas, al ver los tiernos y católicos sentimientos de su corazón, después que la gracia ha obrado en él, por la infinita misericordia de nuestro buen Dios, solícito siempre de nuestra salvación eterna. A lo que V. expresa, y a su ilustrado conocimiento nada puedo yo añadir, más que abrazarlo cariñosamente como nacido en el redil que me ha confiado la Providencia, al cual vuelve atraído de los amorosos silbos²¹ del Divino Pastor, pues que todo es debido a su bondad suprema. Si su bella y edificante carta no tuviera el carácter de reservada, la hubiera dado publicidad en mi boletín eclesiástico para ejemplo²² de todos, gloria de nuestra Santa Religión, y para que unidos todos a su obispo diésemos al Señor las mas fervorosas acciones de gracias: sin embargo, la conducta que está observando hace tiempo, los sentimientos religiosos que brotan en sus interesantes escritos, han dado ya a conocer el cambio que se ha obrado en su espíritu; y que si los encantos de la juventud, y los arrebatos de una imaginación ardiente pudieron extraviar un poco sus ideas, como a Jerónimo²³ y Agustín; el primero respecto de las pasiones²⁴, y el segundo en los errores también²⁵; como ellos ha retrocedido también, reparando con usuras el daño que pudieran haber ocasionado en sí mismo y en los demás.

Continúe V. querido mío, en la senda por donde marcha, y esa encantadora pluma sirva para el bien, cuanto se empleó en el mal.

Nada tiene V. que agradecerme, obre por inspiración ciertamente y lo que mi corazón sentía, desde que me ocupaba en las preciosas páginas de su diario; por lo demás, V. es hoy una de las glorias de nuestra amada patria, y el santo orgullo de su humilde obispo, que se gloria de ser su Padre y su Pastor.

El sábado de las Témperas de Ceniza²⁶ tuve el gusto de conferir de Sagrado Diaconado a su hermano Antonio²⁷; es dócil, y apoyado con los consejos de su buen hermano, podría ser un eclesiástico útil, que es a donde han ido a parar todas mis gestiones.

La paz que disfrutará su corazón, en contraposición de la inquietud y desasosiego que antes agitaría su alma, es la prenda más segura de la presencia y del amor de Nuestro Dios ella crezca de día en día, y ella se arraigue con mi bendición pastoral, que le doy de todo el corazón, y acompañada de los votos más sinceros por su felicidad eterna y temporal, quedando suyo su afectísimo S. S y Capellán

q. s. m. b.

El Obispo de Guadix y Baza [rúbrica]

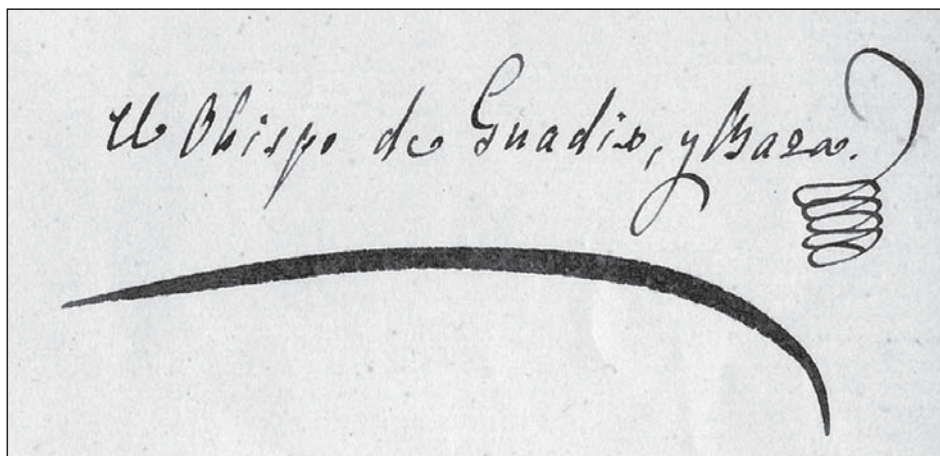


Fig. 2. Firma autógrafa de Antonio Rafael Domínguez y Valdecañas (7 de marzo de 1860).
Fundación Lázaro Galdiano, Madrid.

3. ANÁLISIS.

La atención que Domínguez y Valdecañas prestó a los sucesos de la Guerra de África no quedó de manifiesto únicamente en las palabras dedicadas a Alarcón y que motivaron esta peculiar correspondencia. Entre los numerosos escritos que este obispo publicó –cartas pastorales, instrucciones, circulares, exhortaciones o edictos– destacan los referentes a esta guerra. Declaró su apoyo a la intervención española porque consideraba esta contienda como un conflicto entre el Islam y la religión católica y lo hizo mediante una *Exposición* a la Reina y una *Circular* al clero y fieles diocesanos, a quienes aconsejaba la oración y rogativas por un final feliz de la guerra. En una segunda *Circular* solicitaba una contribución económica mediante suscripción que se mantuvo abierta hasta la firma del *Tratado de Tetuán* con el que se puso fin a la contienda. También celebró una solemne función de rogativas el 19 de noviembre de 1859 en la que pronunció un brillante sermón apoyando la

campaña, que consideraba justa y lícita. Por lo visto, en el púlpito, al menos en una ocasión, manifestó su desvelo por este asunto de actualidad, dedicando a Alarcón un “recuerdo cariñoso” inspirado en las “preciosas páginas de su diario”²⁸.

Por lo que se refiere al texto de Alarcón, aunque en realidad no se trata de una confesión sacramental, su carta coincide con lo que es el sacramento de la reconciliación, del perdón, de la conversión o de la penitencia para un católico cristiano romano, como se manifestaba él. Después del examen de conciencia, reconoce su “desatinada conducta” y sus “errores” o pecados ante el pastor de su diócesis al entablar este diálogo epistolar en el que pide la gracia y la “misericordia de Dios y de los hombres”. Para reparar sus pecados se impuso la penitencia antes y fue a la guerra de África:

“En ella vi yo una especie de peregrinación que hacer o de martirio que sufrir por la causa de Dios, y acepté sus trabajos y peligros, dejé mis comodidades y placeres, vestí el silicio del soldado, me impuse sus penalidades como purgatorio y traté de combatir el error con la misma vehemencia que lo había patrocinado antes, creyendo que así quedaría en paz con la justicia divina, con el mundo y con mi conciencia.”

Finalmente, acude al Obispo “como a confesor y padre, pidiéndole su bendición” que obtiene en la carta de contestación, porque el prelado manifiesta que es “el santo orgullo de su humilde obispo” y solo le pide que continúe “en la senda por donde marcha, y esa encantadora pluma sirva para el bien, cuanto se empleó en el mal”²⁹.

No tenemos referencias especialmente significativas que revelen cómo continuó la relación entre ambos en los meses siguientes. Solo sabemos que Alarcón regresó desde África a Madrid en el mes de marzo de 1860, que estuvo tres días en mayo en Aranjuez y quince en junio en El Escorial; que en julio fue a ver ex-profeso el eclipse de sol del día 18 a Sagunto y que pasó el mes de agosto en el Real Sitio de San Ildefonso. El 29 de aquel mes inició desde Madrid el viaje a Italia del que queda un precioso testimonio literario: *De Madrid a Nápoles*. Al parecer no llegó a Guadix hasta abril de 1861 y, por segunda vez, en julio del mismo año. Estuvo en febrero y marzo de 1863 cuando murió su padre y en esta ocasión estuvo con el obispo Domínguez y Valdecañas. De su encuentro, el día 24 de febrero, queda testimonio en un borrador de carta a su hermano Luis: “Hoy he estado hora y media con el obispo. Inmejorable”³⁰.

Pudieron darse otras citas pues en octubre de 1863 realizó un nuevo “viaje electoral” y en abril de 1864 tuvo lugar otra “peregrinación a Guadix” para ver a su madre. Aquel año anduvo por su tierra: en junio realizó “correrías a caballo” por veinte pueblos de los montes de Guadix e Iznalloz; fue después “de Granada a Almuñécar por Motril, primero en diligencia, después embarcado, luego en mulo y, finalmente, andando”; viajó en septiembre “de Almuñécar a Granada, primero a caballo y luego en coche” y en diciembre “de Granada a Iznalloz, de Iznalloz a Guadix y de Guadix a Granada”. Al año siguiente, en septiembre, realizó el “consabido viaje a Guadix” y en noviembre, con ocasión de otras elecciones, hizo “correrías por la deliciosa Vega de Granada” y también llegó a la localidad de Santa Fe³¹.



Fig. 3. Retrato fotográfico de Pedro Antonio de Alarcón (1870). Fundación Lázaro Galdiano, Madrid.

El fallecimiento de Antonio Rafael Domínguez y Valdecañas tuvo lugar en Guadix el día 21 de diciembre de 1865 y tres días más tarde, el 24, Alarcón contrajo matrimonio en la iglesia parroquial de Santa Escolástica, de Granada, con Paulina Contreras Reyes, bendiciendo el enlace don José Muñoz, canónigo de la Catedral³².

La “confesión” es reveladora en cuanto al motivo de la presencia de Alarcón en la Guerra de África, aunque se hayan manifestado otros, en vida de Alarcón y después. Ni él mismo expone este motivo en la *Historia de mis libros* donde reconoce que no se trataba aquella aventura de una peregrinación romántica ni de una consecuencia de delirios fantásticos, sino que emprendió aquel episodio por amor a la patria, en la búsqueda de la expansión y grandeza nacional, con la vista fija en un nuevo horizonte para España, despejado y sin las guerras civiles a las que parecía que estaba condenada en el siglo XIX. Al declararse aquella guerra se presentó con júbilo y entusiasmo “en calidad de aficionado y de cronista, y muy luego como soldado voluntario”, aunque más tarde preferiría ser conocido como historiador de lo que sucedía cada día. Reconoce que, en 1859, cuando se inició la guerra y cuando él contaba veintiséis años, sus ideas habían cambiado de rumbo, quedando solo en la memoria los “repentinos y fugaces pujos democráticos de la adolescencia” y la bohemia literaria, iniciada en «La Cuerda Granadina», y más tarde, ya en Madrid, en «La Colonia Granadina». Confiesa que la participación de su amigo el escritor y teniente general Antonio Ros de Olano influyó en el primer proyecto de ir a “África de *paisano*, o sea sin sentar plaza, con ánimo de escribir cuanto viera”... Rememora aquel episodio muchos años más tarde:

“¡Verdadera salida de Don Quijote, que hoy, próximo ya a las heladas cumbres de la vejez, recuerdo con entusiasmo y orgullo, sintiendo únicamente no haber de experimentar ya nunca las poéticas emociones de aquellos días!...”

Aportamos otro testimonio que coincide con lo expuesto en la carta y que se encuentra en el esbozo de biografía, ya mencionado, que alcanza hasta 1864³³, escrito por el propio Alarcón:

“Los que le tratan con intimidad saben que para él la campaña de África fue como una penitencia o purgatorio que se impuso, a fin de rehabilitarse para rendir público culto a sentimientos e ideas que había combatido en su primera juventud y que ya veneraba en lo profundo de su alma.

Este cambio, la íntima amistad que de años antes le unía a los eminentes poetas y hombres de estado D. Nicomedes Pastor Díaz y D. Antonio Ros de Olano, y la admiración y el afecto que sintió por el general O'Donnell durante la guerra de África, lleváronle insensiblemente, y como empujado por la voz pública, al partido político llamado *Unión Liberal*, a cuya defensa salió por primera vez en las columnas de *La Época*, cuando hubo dejado el mando a principios de 1863.”

No se pretende hoy hacer una valoración de aquella guerra ni siquiera de apreciar el mérito literario del *Diario de un testigo de la guerra de África*³⁴, una de las obras que más fama y beneficios económicos le proporcionó. Con la publicación de estas cartas solo se trata de dar a conocer los sentimientos más íntimos que le

llevaron a participar en aquella guerra y que dio origen a una de las obras literarias de mayor difusión a mediados del siglo XIX, su *Diario*. Por eso no analizamos su comportamiento en la guerra en la que como soldado mostró una actitud ejemplar ante el peligro y como cronista –corresponsal del diario *La Época*– fue testigo presencial. Encontraremos otra ocasión para hablar del héroe que mereció la Cruz de San Fernando o del historiador de los sucesos de cada día en el campo de batalla³⁵. Ahora interesaba destacar el motivo o uno de los motivos que le empujaron a iniciar aquella aventura militar y cultural. Se han mencionado en la copiosa bibliografía existente su fascinación orientalista y su patriotismo nacionalista, sus anhelos de heroísmo o su talante viajero y aventurero y hasta su amistad con algunos de los militares que tuvieron especial protagonismo, especialmente el general Ros de Olano. La “confesión” y la carta de respuesta del obispo de Guadix nos recuerdan otra motivación, su remordimiento por una desatinada conducta anterior, debida a sus “violentas y descuidadas pasiones” y un “interés más alto”: “la misericordia de Dios y de los hombres” y el deseo de quedar en paz con la justicia divina, con el mundo y con su conciencia.

NOTAS

1. Este trabajo se enmarca en las tareas llevadas a cabo en el proyecto «La Literatura y las Artes en epistolarios españoles del siglo XIX», proyecto de investigación fundamental no orientada: Proyecto I+D+i Ministerio de Ciencia e Innovación (HAR2011-26660).
2. Carta de Juan Valera a Pedro Antonio de Alarcón, de 12 de marzo de 1860, remitida desde París, que Carlos Sáenz de Tejada dio a conocer en un artículo titulado «Juan Valera y su correspondencia» (*Diario ABC*, 1 de junio de 1958, p. 43).
3. La “confesión” de Alarcón, casi íntegra, se publicó en ALARCÓN, Pedro Antonio de. «Historia del Diario de un testigo de la guerra de África y confesión sobre los motivos de la participación en la misma». En YEVES ANDRÉS, Juan Antonio (ed.). *Una imagen para la memoria: la carte de visite. Colección de Pedro Antonio de Alarcón*. Madrid: Fundación Lázaro Galdiano, 2011, pp. 79-88.
4. La expresión aquí utilizada es del propio Alarcón. Aparece en un texto suyo, sin fecha, en el que no figura como autor y se expresa como si fuese su biógrafo: «D. Pedro Antonio de Alarcón». Se conserva en el Archivo Pedro Antonio de Alarcón custodiado en la Fundación Lázaro Galdiano, en adelante AFLG/AH/AOP/Pedro Antonio de Alarcón, L8, C1-8. Se puede consultar, asimismo, en YEVES ANDRÉS, Juan Antonio. *El álbum de los amigos. Templo de trofeos y repertorio de vanidad*. Madrid: Fundación Lázaro Galdiano, 2010, pp. 47-48 (capítulo titulado «El álbum de Paulina Contreras de Alarcón»).
5. ALARCÓN, Pedro Antonio de. *Últimos escritos*. Madrid: Imp. M. Tello, 1891, p. 39.
6. Esta semblanza, ya citada, es «D. Pedro Antonio de Alarcón» (AFLG/AH/AOP/Pedro Antonio de Alarcón, L8, C1-8).
7. *Ibidem*.
8. Este periódico dejó de editarse el día 28 de aquel mismo mes.
9. Alarcón explicaría más adelante este cambio de trayectoria vital y literaria en ALARCÓN, Pedro Antonio de. *Historia de mis libros*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1918, *in passim*. Véase también VIÑES MILLET, Cristina. «El africanismo de Pedro Antonio de Alarcón». En GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio (ed.). *Pedro Antonio*

de Alarcón y la Guerra de África: del entusiasmo romántico a la compulsión colonial. Barcelona: Anthropos, 2004, pp. 45-60 (especialmente p. 55).

10. Sobre este periodo de la vida de Alarcón, véase LARA RAMOS, Antonio. «Pedro Antonio de Alarcón: una vida más allá de la guerra de África». En GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio (ed.). *Op. cit.*, pp. 121-153; y, de forma más general, ALARCÓN, Pedro Antonio de. *Historia...*
11. ALARCÓN, Pedro Antonio de. *Diario de un testigo de la guerra de África*. Madrid: Imp. Central, 1880², p. 11.
12. Cabe añadir, para completar esta breve reseña biográfica, que continuó realizando frecuentes viajes, que dedicó algunos años a la causa política, como diputado y senador por la provincia de Granada, después de haber optado por una posición más conservadora y católica y que se centró en la actividad literaria. Hizo aquel camino “bien acompañado” desde el 24 de diciembre de 1865, cuando se casó con Paulina Contreras. Alarcón falleció en Madrid el 19 de julio de 1891.
13. Agradezco a José Manuel Rodríguez Domingo las noticias que me ha facilitado, en buena parte aún inéditas, sobre el obispo Domínguez y Valdecañas y que proceden de JARAMILLO CERVILLA, Manuel y GÓMEZ AMEZCUA, Leovigildo. «Antonio Rafael Domínguez Valdecañas». En *Episcopologio de Guadix*. Guadix: Centro de Estudios «Pedro Suárez» [en prensa].
14. ALARCÓN, Pedro Antonio de. «Una conversación en la Alhambra». En *Novelas cortas de Pedro Antonio de Alarcón. Segunda serie: Historietas nacionales*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1897, pp. 252-271.
15. Juan Valera a Pedro Antonio de Alarcón (10 de septiembre de 1859), en VALERA, Juan. *Correspondencia, 1859-1905*. Madrid: Castalia, 1956, p. 24.
16. Estos términos son los que emplea Alarcón en su carta. No sabemos cómo pudo enterarse de que el obispo de su diócesis le había mencionado, pero le llegó la noticia, por escrito o de palabra, al escenario de la guerra.
17. AFLG/AH/AOP/Pedro Antonio de Alarcón, L1, C20-1. Se conserva una segunda versión, en copia de otra mano, con letra más cuidada y legible y con ligeras variantes, en AFLG/AH/AOP/Pedro Antonio de Alarcón, L1, C20-2. En esta edición se ha tomado el texto del borrador porque los cambios, aunque mínimos, podrían ser errores de quien hizo la transcripción. Se ha modernizado la ortografía y la puntuación de los escritos originales, también en la carta del Obispo, pues el empleo de la mayúscula, de la minúscula y de los acentos en muchos casos era arbitrario. Se han incorporado las enmiendas y añadidos del manuscrito de Alarcón porque se entiende que esa es la versión más próxima a la original. Las abreviaturas se desarrollan, lo mismo que las letras voladas y se ha optado por señalar en nota incidencias del texto que podrían ser interpretadas por el lector como incoherencias de la transcripción.
18. En el original, “lisoncejo”.
19. En el original, “silicio”.
20. AFLG/AH/AOP/Pedro Antonio de Alarcón, L1, C20-3. Presenta un sello estampado en seco: “OBISPO DE Guadix y BAZA”.
21. En el original, “silvos”.
22. En el original, “exemplo”.
23. En el original, “Gerónimo”.
24. San Jerónimo en la carta a santa Eustoquio dice: “Pasaba las noches orando y haciendo penitencia, muchas veces desde el anochecer hasta el amanecer, pero aun así las pasiones seguían atacándome incesantemente [...] ayudado por la misericordia de

- Dios pude vencer estos espantosos ataques”.
25. San Agustín expuso sin excusas en las *Retrataciones* los errores que había reconocido en sus juicios; de la misma manera que en las *Confesiones*, de manera humilde y con contrición manifestó los excesos de su conducta pasada.
 26. Las témporas, tres días de ayuno, que coinciden con las cuatro estaciones. Los días de ayuno son el miércoles, viernes y sábado. Se sitúan después del Miércoles de Ceniza en primavera, después de Pentecostés en verano, después de la Exaltación de la Cruz en otoño (témporas de San Mateo) y después de Santa Lucía, durante la tercera semana de Adviento, en invierno (témporas de Santo Tomás).
 27. Se cumplieron los designios del Obispo en cuanto a Antonio Alarcón, pues en 1884, cuando Pedro Antonio y su esposa Paulina otorgaron escritura de testamento, aparece como beneficiario y consta, además, como “canónigo de Sevilla” (AFLG/AH/AOP/Pedro Antonio de Alarcón, L1 C48-1). En las cartas familiares siempre se le menciona como “Antoñico”.
 28. Términos que emplea el Obispo en la carta que ahora publicamos.
 29. AFLG/AH/AOP/Pedro Antonio de Alarcón, L1, C20-1. Carta de Pedro Antonio de Alarcón al obispo Domínguez Valdecañas (20 de febrero de 1860).
 30. AFLG/AH/AOP/Pedro Antonio de Alarcón, L3, C1-1. Copia de carta de Pedro Antonio de Alarcón a su hermano Joaquín (24 de febrero de 1863). En este mismo archivo se encuentra una carta de su hermano Luis, fechada el 17 de febrero, en la que consta que el Obispo entregó un rosario a su padre (AFLG/AH/AOP/Pedro Antonio de Alarcón, L3, C17-12).
 31. Las citas referentes a estos viajes están tomadas del «Cuadro general de mis viajes por España» que se incluye en ALARCÓN, Pedro Antonio de. *Viajes por España*. Madrid: s.n. [Imp. A. Pérez Dubrull], 1883, pp. 311-335.
 32. De esta unión nacieron ocho hijos: Antonio, Petra, Juan –los tres fallecidos en la infancia–, Paulina, Pedro Pablo, Miguel, Carmen y Petra, esta última nacida en 1881.
 33. AFLG/AH/AOP/Pedro Antonio de Alarcón, L8, C1-8. MARTÍNEZ KLEISER, Luis. *D. Pedro Antonio de Alarcón: un viaje por el interior de su alma y a lo largo de su vida*. Madrid: V. Suárez, 1943, pp. 48-49.
 34. Véase GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio (ed.). *Op. cit.*
 35. En la Fundación Lázaro Galdiano se conservan, además de las fotografías de los militares y cronistas, que participaron en la Guerra de África y fueron dadas a conocer en YEVES ANDRÉS, Juan Antonio (ed.). *Una imagen...* También se encuentran las libretas en las que Alarcón fue tomando notas durante la guerra y en ellas se está trabajando, porque está prevista su edición por la Fundación Lázaro Galdiano en breve.